

Santo Evangelio según San Juan (9:1-38)

En aquel tiempo vio, al pasar, a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos: "Rabbi, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?" Respondió Jesús: "Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios. Tenemos que trabajar en las obras del que me ha enviado mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo." Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva, y untó con el barro los ojos del ciego y le dijo: "Vete, lávate en la piscina de Siloé" (que quiere decir Enviado). El fue, se lavó y volvió ya viendo. Los vecinos y los que solían verle antes, pues era mendigo, decían: "¿No es éste el que se sentaba para mendigar?" Unos decían: "Es él". "No, decían otros, sino que es uno que se le parece." Pero él decía: "Soy yo." Le dijeron entonces: "¿Cómo, pues, se te han abierto los ojos?" El respondió: "Ese hombre que se llama Jesús, hizo barro, me untó los ojos y me dijo: 'Vete a Siloé y lávate.' Yo fui, me lavé y vi." Ellos le dijeron: "¿Dónde está ése?" El respondió: "No lo sé." Lo llevan donde los fariseos al que antes era ciego. Pero era sábado el día en que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. Los fariseos a su vez le preguntaron cómo había recobrado la vista. El les dijo: "Me puso barro sobre los ojos, me lavé y veo." Algunos fariseos decían: "Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado." Otros decían: "Pero, ¿cómo puede un pecador realizar semejantes señales?" Y había disensión entre ellos. Entonces le dicen otra vez al ciego: "¿Y tú qué dices de él, ya que te ha abierto los ojos?" El respondió: "Que es un profeta." No creyeron los judíos que aquel hombre hubiera sido ciego, hasta que llamaron a los padres del que había recobrado la vista y les preguntaron: "¿Es éste vuestro hijo, el que decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?" Sus padres respondieron: "Nosotros sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego. Pero, cómo ve ahora, no

lo sabemos; ni quién le ha abierto los ojos, eso nosotros no lo sabemos. Preguntadle; edad tiene; puede hablar de sí mismo." Sus padres decían esto por miedo por los judíos, pues los judíos se habían puesto ya de acuerdo en que, si alguno le reconocía como Cristo, quedara excluido de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: "Edad tiene; preguntádselo a él." Le llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron: "Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador." Les respondió: "Si es un pecador, no lo sé. Sólo sé una cosa: que era ciego y ahora veo." Le dijeron entonces: "¿Qué hizo contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?" El replicó: "Os lo he dicho ya, y no me habéis escuchado. ¿Por qué queréis oírlo otra vez? ¿Es qué queréis también vosotros haceros discípulos suyos?" Ellos le llenaron de injurias y le dijeron: "Tú eres discípulo de ese hombre; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; pero ése no sabemos de dónde es." El hombre les respondió: "Eso es lo extraño: que vosotros no sepáis de dónde es y que me haya abierto a mí los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; mas, si uno es religioso y cumple su voluntad, a ése le escucha. Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no podría hacer nada." Ellos le respondieron: "Has nacido todo entero en pecado ¿y nos da lecciones a nosotros?" Y le echaron fuera. Jesús se enteró de que le habían echado fuera y, encontrándose con él, le dijo: "¿Tú crees en el Hijo del hombre?" El respondió: "¿Y quién es, Señor, para que crea en él?" Jesús le dijo: "Le has visto; el que está hablando contigo, ése es." El entonces dijo: "Creo, Señor." Y se postró ante él.



La Voz del Señor

Año VII - Nro 22 - 1 de junio de 2008
Domingo del Ciego

Construir una comunidad

"Habrá un solo rebaño y un solo pastor" (Juan 10, 16)
Palabras pronunciadas al finalizar la presentación de las distintas comisiones reunidas en el marco del Congreso General Arquidiocesano, en Santiago del Estero, el sábado 10 de mayo 2008.

El mundo vive desafíos tremendos ante la embestida del secularismo, la globalización y el consumismo exagerado. Son desafíos que se interrelacionan e impactan fuertemente sobre la cohesión y la solidaridad a nivel familiar, social y espiritual. Además, tuvieron una incidencia de índole destructiva sobre todas las células primigenias de la sociedad. Así se observa la desintegración de la familia, la desorientación de la juventud, la destrucción de los lazos relacionales, la desarticulación de las comunidades y la alineación de los valores e ideales.

En este contexto, no cabe duda que el horizonte espiritual actual es parecido a la constatación del Señor durante su predicación: "Viendo a la muchedumbre, se enterneció de compasión por ella, porque estaban fatigados y decaídos como ovejas sin pastor" (Mt 9:36). Por ello, y ante dicha situación, la Iglesia no puede tomar una actitud pasiva y sólo observadora, sino que necesita tener una respuesta viva y firme. Y ¿qué mejor respuesta tiene sino que manifestar su identidad y revelar el espíritu que rige su vida? Así, el momento es oportuno para que ella se manifieste como una comunidad de los creyentes en Cristo, donde el Espíritu de amor,

de unión y de solidaridad constituye el nervio inspirador, director y motriz de este tejido divino-humano.

Desde esta perspectiva, es necesario valorar las características de la vivencia pastoral a nivel de nuestras iglesias y parroquias en Argentina, a través de su desarrollo histórico. En efecto, en las comunidades de los descendientes sirio-libaneses, la presencia parroquial se desempeñaba entre los paisanos según una semántica relacional personal muy fuerte. La función principal y casi predominante del sacerdote era la administración de los sacramentos y celebrar la divina liturgia. Mantenía relaciones personales estrechas con la comunidad a través de visitas que hacía a los hogares o los negocios. Muchos fueron pioneros en la labor de la construcción de templos o instituciones sociales y educativas. Los paisanos, a pesar de su poca educación religiosa, mantenían en sus corazones la llama de la fe y se entregaban generosamente a la tarea de afirmar su presencia religiosa y social. Actuaron de esta forma a fin de proteger los lazos familiares y los valores religiosos que vivían. Luego de la fase de la construcción, las comisiones se dedicaron a la administración y al mantenimiento de la misma. Ese era el esquema preponderante de la vida parroquial a lo largo del siglo pasado y que reflejaba la vida y la mentalidad de los paisanos, como así también su percepción del rol que debían desempeñar en la Iglesia.

Sin embargo, ante el cambio drástico ocurrido en la sociedad occidental en general y el cambio sucedido a nivel de nuestras comunidades originariamente de inmigrantes, especialmente en cuanto al nivel de su integración en la sociedad, la extensión de la aglomeración y la repartición demográfica de los fieles, la desintegración de los lazos familiares y conyugales, el desgano de la juventud, etc., el esquema anterior del rol del binomio clero-comisión aparece muy frágil para poder enfrentar los desafíos surgidos, ya que la misma

existencia de estas comunidades está peligrando. Una simple evaluación de la concurrencia de los fieles a la Iglesia permite tener una cierta apreciación de la situación actual.

En realidad, hemos pasado la etapa de la construcción de edificios, sea templos o instituciones. Ahora, debemos abocarnos a la construcción de la comunidad parroquial dispersa o ausente. Los edificios fueron construidos para dicha finalidad. Por ello, estamos invitados a reflexionar sobre la posibilidad de implementar un esquema de trabajo parroquial más adecuado y propicio.

La transición hacia tal esquema necesita tener en cuenta percepciones actuales en la actuación parroquial: la preocupación económica y administrativa predomina en el trabajo de las comisiones, mientras que el trabajo parroquial carece de carácter colaboracionista entre las comisiones, y entre las comisiones y los sacerdotes. Esta situación se reforzó por la dicotomía entre lo material y lo espiritual y una exclusión de roles laico-clero: los laicos perciben su rol en la Iglesia como administradores mientras que el sacerdote se dedica exclusivamente a lo pastoral o espiritual. Esta dicotomía, acrecentada por la falta de colaboración, deja el campo pastoral y su desafío a cargo de una sola persona, el sacerdote, en un contexto contemporáneo complicado y difícil tanto para la familia como para la Iglesia.

Por ello, a nivel del trabajo parroquial, es necesario, por una parte, profundizar un sentido de solidaridad pastoral y de colaboración, y por otra parte, dar prioridad no tanto a lo económico sino más bien a lo pastoral. La debilidad económica que enfrentan las iglesias no debe monopolizar toda nuestra atención. El enfoque no debe ser unidimensional sino bidimensional: la subsistencia económica en conjunto con la construcción de la comunidad de los fieles. Y la tarea no debe ser singular, sino conjunta entre comisiones y clero. Así, prima la solidaridad y la

unificación de criterios de trabajo y de objetivos a realizar.

Ante este planteo, nuestro objetivo es lograr la contención de la familia, de los jóvenes y niños en la Iglesia, y también ofrecerles un espacio de crecimiento en la fe y de servicio hacia el prójimo. Preparar este espacio y tener colaboradores dispuestos para tal fin es una tarea que necesita toda nuestra disposición y colaboración. La *Junta Parroquial* como espacio de planificación y de colaboración entre clero y comisiones, y también entre las mismas comisiones, es una solución adecuada para lograr este objetivo. Pero, y en una primera instancia, llamamos especialmente a las comisiones de damas para tener la primacía en esta transición, ya que, como madres, están gratificadas de un sentido innato maternal, de conservación de la vida, de lo sagrado, de la unión. Ellas pueden promover a nivel parroquial una compañía de convocatoria, de incorporación y de inserción de la familia, de los matrimonios y de la juventud.

Definir y establecer un calendario pastoral permite concretar nuestro objetivo, coordinar el trabajo de las comisiones, distribuir las tareas en cuanto a su organización, difusión y realización. Así se puede definir la planificación financiera de la parroquia que reflejaría, además de la preocupación administrativa, la diagramación de la actividad pastoral fija (Catequesis, Juventud), o móvil (eventos, fiestas, etc.). La evaluación de la actividad realizada enfocaría a la contención de la familia y al crecimiento en la fe y en la pertenencia a la parroquia. En consecuencia, se puede lograr captar y formar a los colaboradores necesarios para consolidar la vida parroquial.

En las parroquias existen espacios de crecimiento en la fe para niños (catequesis infantil o sacramental), para adultos, matrimonios, damas; y también espacios de servicio benéfico o social. La juventud desarrolla, tanto a

nivel parroquial como a nivel nacional, lazos de solidaridad, de hermandad, de crecimiento en la fe, de servicio, desarrollando actividades y proyectos desde la Iglesia. Esperamos que surjan vocaciones y que podamos ofrecerles la debida formación.

En definitiva, construir una comunidad tanto a nivel local como a nivel arquidiocesano es un proceso que abarca a todas las manifestaciones de la vida. Requiere de la buena voluntad, tanto a nivel de la entrega personal, como a nivel de las relaciones; tanto a nivel de la solidaridad, como a nivel de la perseverancia; tanto a nivel de la convocatoria, como a nivel de la respuesta; tanto a nivel de la preocupación y de la reflexión, como a nivel de la contención y de la realización. Ante esta responsabilidad, no vamos a dejar de exclamar el saludo de triunfo pascual: ¡"Cristo resucitó"!

+ **Metropolitano Siluan**

Tropario de la Resurrección (Tono 5)

"Alabemos, nosotros fieles, y adoremos al Verbo, al Coeterno con el Padre y el Espíritu; al Nacido de la Virgen para nuestra salvación; porque se complació y aceptó ascender por el cuerpo a la Cruz, soportar la muerte; y levantar a los muertos por Su Gloriosa Resurrección."

Kontación de Pascua (Tono 8)

Aunque descendiste al sepulcro, Tú que eres Inmortal, borraste el poder de infierno y levantaste Victorioso, ¡Cristo Dios! Y a las mujeres portadoras del bálsamo dijiste: ¡Regocijaos! Y a Tus discípulos otorgaste la paz, Tú que otorgas la resurrección a los caídos.

Hechos de los Apóstoles (16:16-34)

Sucedió que al ir nosotros al lugar de oración, nos vino al encuentro una muchacha esclava poseída de un espíritu adivino, que pronunciando oráculos producía mucho dinero a sus amos. Nos seguía a Pablo y a nosotros

gritando: "Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, que os anuncian un camino de salvación." Venía haciendo esto durante muchos días. Cansado Pablo, se volvió y dijo al espíritu: "En nombre de Jesucristo te mando que salgas de ella." Y en el mismo instante salió. Al ver sus amos que se les había ido su esperanza de ganancia, prendieron a Pablo y a Silas y los arrastraron hasta el ágora, ante los magistrados; los presentaron a los pretores y dijeron: "Estos hombres alborotan nuestra ciudad; son judíos y predicán unas costumbres que nosotros, por ser romanos, no podemos aceptar ni practicar." La gente se amotinó contra ellos; los pretores les hicieron arrancar los vestidos y mandaron azotarles con varas. Después de haberles dado muchos azotes, los echaron a la cárcel y mandaron al carcelero que los guardase con todo cuidado. Este, al recibir tal orden, los metió en el calabozo interior y sujetó sus pies en el cepo. Hacia la media noche Pablo y Silas estaban en oración cantando himnos a Dios; los presos les escuchaban. De repente se produjo un terremoto tan fuerte que los mismos cimientos de la cárcel se conmovieron. Al momento quedaron abiertas todas las puertas y se soltaron las cadenas de todos. Despertó el carcelero y al ver las puertas de la cárcel abiertas, sacó la espada e iba a matarse, creyendo que los presos habían huido. Pero Pablo le gritó: "No te hagas ningún mal, que estamos todos aquí." El carcelero pidió luz, entró de un salto y tembloroso se arrojó a los pies de Pablo y Silas, los sacó fuera y les dijo: "Señores, ¿qué tengo que hacer para salvarme?" Le respondieron: "Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu casa." Y le anunciaron la Palabra del Señor a él y a todos los de su casa. En aquella misma hora de la noche el carcelero los tomó consigo y les lavó las heridas; inmediatamente recibió el bautismo él y todos los suyos. Les hizo entonces subir a su casa, les preparó la mesa y se alegró con toda su familia por haber creído en Dios.